

meses de ausencia de ella procuran nuevas adquisiciones de terrenos; emprenden obras en la casa para aumentar sus comodidades, y continuamente sus comensales van y vienen á la quinta para pintar el gabinete de la señora, ó para acabar la estantería de la biblioteca, para arreglar la mesa de billar, ó para colocar los instrumentos ópticos en el mirador.

Llegado, como hemos dicho, el mes de junio, toda la familia corre á saborear la regalada mansion de la *campagne*; los criados de la casa, los jornaleros y vecinos comarcanos, acuden á festejar su venida; y luego de instalados convenientemente, reciben y pagan diarias visitas de todos los demás propietarios, habitantes como ellos temporales del campo; y aquellas mismas familias que en la ciudad apenas suelen saludarse, llegan á ser íntimas bajo la suave influencia de la campiña.—Así es como pueden improvisarse y se improvisan á todas horas grandes cabalgatas á visitar algunas ruinas cercanas; animadas carcerías, ó paseos acuáticos á la luz de la luna; festines abundantes y delicados; y hasta elegantes bailes y animadas *soirées*.

A todas horas del día y hasta muy entrada la noche, y por todos los innumerables y hermosos caminos que conducen de un castillo á otro, y de estos á la ciudad, se ven cruzar infinidad de carruages llenos de elegantes damas, multitud de alazanes montados por gallardos caballeros, que van á visitarse mutuamente con la misma seguridad, con el mismo abandono que pudieran en las mas frecuentadas calles de la ciudad.—Las fiestas patronales de los pueblos circunvecinos, las bodas de los dependientes, los exámenes de las escuelas comunales, los baños, y las vendimias sobre todo, son ocasiones de repetidas fiestas en que suele reunirse bajo el humilde

campanario de la aldea ó en sus rústicos campos y jardines la mas escogida sociedad de *Chateau Trompette*.— Puede calcularse si estos risueños contrastes, si estos cuadros animados prestarán encanto á la imaginacion ardiente, al festivo carácter de los habitantes de la Girona.

Tiempo es ya de hablar de las curiosidades materiales de esta hermosa ciudad.—Pero debe ser ya conocida mi intencion al escribir estas líneas, que no es otra que el dar razon de las sensaciones que me produjo la vida animada de aquel pueblo, mas bien que el hacer un inventario de sus riquezas.—Afortunadamente este punto está ámpliamente desempeñado por los numerosos viages é itinerarios que todo el mundo conoce: y no necesitaría mas que copiar cualquiera de ellos, para dar á conocer á mis lectores las célebres ruinas del palacio que se cree fué del emperador Galieno (aunque mas bien parecen de un anfiteatro romano). La catedral, dedicada á San Andrés, de un buen estilo gótico, y su torre aneja llamada el Payberland; la iglesia de San Miguel y su elevada torre, bajo la cual hay una bóveda que tiene la singular particularidad de conservar en un estado perfecto de momificacion los cadáveres que en ella fueron depositados hace algunos siglos; y las otras iglesias, de Nuestra Señora, reedificada magníficamente en el siglo último, y la llamada del Colegio que encierra el sepulcro de Miguel de Montaigne.

Hablaria del *Chateau Royal*, antigua residencia de los arzobispos de Burdeos; del palacio de Justicia, donde están establecidos los tribunales departamentales; de la bolsa, y la aduana, edificios paralelos; del *hotel de ville* ó casa del ayuntamiento; del teatro principal en fin, y del soberbio puente sobre el Garona, los mas

magníficos de toda Francia, incluso los de la capital; de un sin número de otros edificios dignos de la mayor atención bajo el aspecto artístico y por los objetos á que están destinados.

Pero además de alargar indefinidamente mi narración, dándola un giro que de ningún modo la conviene, me apartaría insensiblemente de mi objeto.—Solo diré que en materias de ciencias y artes encierra Burdeos establecimientos dignos de una capital; que su biblioteca pública cuenta mas de ciento diez mil volúmenes, entre los cuales los hay preciosísimos por su rareza, y otros manuscritos: que cuenta además, bajo el título comun de Museo, un bello gabinete de historia natural y otro de arqueología, una regular colección de cuadros, escuelas de artes, y un observatorio.—En materia de establecimientos de beneficencia no recuerdo haber visto nada mejor ni mas bien servido y administrado que el magnífico hospicio nuevo de Burdeos, verdadero modelo de este género de establecimientos, por sus gigantescas dimensiones, por su sencilla y cómoda distribución, y el orden y bien entendida economía de su régimen interior.—Hay además otros muchos establecimientos de caridad y de instrucción; y es igualmente de admirar la riqueza y suntuosidad de los baños públicos de esta ciudad, en especial los dos edificios paralelos, con este objeto construidos recientemente frente del puerto; baste decir que su coste ha sido de cinco millones, y que esceden en comodidad á todos los establecimientos de este género aun en el mismo París.

El teatro principal, verdadero monumento artístico por su forma material interior y exterior, ofrece por lo regular funciones de mucho aparato en comedia, ópera y baile, aunque por lo regular poco frecuentadas por la desdeñosa aristocracia bordelesa, que solo se

digna visitarle cuando la célebre trágica *Rachel Félix* ó el tenor *Duprez*, aprovechando la licencia temporal que les conceden en los teatros de París, vienen á ofrecer á los habitantes de las orillas del Garona el tributo de sus talentos, á cambio de un premio enorme y de un entusiasmo imposible de describir.

Por lo demás puede decirse que el bordelés paga su inmenso teatro, planta sus gigantescos paseos, alza sus enormes casas, para deslumbrar al forastero, y dispensarle magníficamente los honores de la hospitalidad; á la manera de aquellos monarcas orientales que gustan de ofuscar la vista del extranjero con la pomposa parada de su cóрте, de sus vasallos, de sus tropas, de sus tesoros, y de las dos ó tres mil bellezas olvidadas en su *Harem*.

VI.

DE BURDEOS Á PARÍS.

Puente de Cubzac.—Campiña y cultivo.—Angulema.—Poitiers.
—Tours.—Orillas del Loire.—Poblacion inglesa.—Catedral.—
Puente y otros monumentos.—El hôtel de la Boule d'Or.—La
Table d'hôte.—La Tourene.—De Tours á Paris.

Atravesando el Garona por cima del magnífico puente de que queda hecha mencion, abandona en fin el viagero la deliciosa ciudad de Burdeos; y su vista se recrea aun por largo rato contemplando en sus cercanías la esmerada cultura, las risueñas perspectivas, el sin número de caseríos que esmaltan las praderas, la actividad, el movimiento y vida de la poblacion, que tan cumplidamente hace sentir su presencia y los bellos trabajos de su industria.

Uno de los mas bellos monumentos de la Francia moderna es el soberbio puente colgante de *Cubzac*, obra de estos últimos años, y de cuya prodigiosa estension y admirable artificio sienta no tener los datos suficientes para estamparlos aquí.—Pásase luego desde el departamen-

to de la Gironda al de Charente inferior, y algunos restos de *Landas* con su triste monotonía vienen á hacer todavía un ligero paréntesis á tan bella escena; hasta que ya cerca de la ciudad de *Angulema*, vuelve á tomar sus risueños colores y ofrecer á la vista la riqueza de su vegetacion.

Es por manera interesante el grato espectáculo que despliega esta antigua ciudad desde la elevada altura sobre que está edificada; y sobre todo, cuando dando la vuelta al pié de sus murallas, por una especie de terraza que la circunda, pueden contemplarse en una larga estension los risueños valles formados entre los dos rios *Charente* y *Anguienne*; el curso caprichoso de estos, y las escarpadas rocas que limitan el lejano horizonte.—La ciudad por sí merece tambien la atencion del viajero curioso, en razon á sus antiguos monumentos, entre ellos la hermosa *catedral*, y la singularidad especial de su *caserío* que se aparta notablemente de la regularidad y simetría tan comunes en las ciudades francesas.

Entre las muchas é importantes fabricaciones que se emplean en esta ciudad, es notable la del papel, cuyas manufacturas principales se hallan situadas en el arrabal de *l'Hormeau*, y son célebres en toda Francia. Son en extremo interesantes y dignos de estudio los medios mecánicos y científicos empleados en la tal fabricacion, y tanto mas para nosotros, cuanto que desgraciadamente es uno de los ramos en que nuestra España se presenta fuera del nivel de las demás naciones industriales.—Todo el mundo conoce la hermosa calidad del papel francés y la belleza de las ediciones en que se emplea; pues en cuanto al precio, baste decir que el mejor que puede encontrarse en Madrid á *ochenta reales* resma, es inferior al que en las fábricas de *Angulema* cuesta de seis á siete francos.

En la grande estension de ciento cuarenta y cinco leguas francesas que se cuentan desde Burdeos á París, son muchas los pueblos y otros objetos notables que se ofrecen á la contemplacion del viagero; mas su sola enumeracion, además de enojosa, seria repetida, y repetida aquí fuera de su lugar.—Por otro lado, no soy tampoco de aquellos viajadores que desde el ventanillo del coche á donde asoman rápidamente la cabeza, creen poder juzgar de la condicion física y moral de los pueblos que atraviesan, ni tampoco de los que copiando las hojas de su libro itinerario adoptan y trasladan cándidamente su contenido.

Asi, por ejemplo, de la ciudad de *Poitiers*, antigua y célebre en la historia de Francia, solo puedo decir que me pareció decaida y solitaria respecto á su inmensa estension; y que al atravesar la inmediata de *Chatellereaul* (si hubiera sido la primera vez que lo hacia), acaso hubiera experimentado nada grata sorpresa al ver abalanzarse á los estribos del coche multitud de hombres, mugeres y niños, que introducen por sus ventanas, cuál una afilada navaja; cuál un agudo puñal; aquel un corta-plumas de veinte hojas; este unas enormes tijeras.—Pero no experimenté aquel efecto, sabiendo ya de antemano que llegaba al Albacete francés; esto es, á la ciudad cuchillera por escelencia, célebre por el temple de sus aceros, y en la cual, asi como en la nuestra del reino de Murcia, el puñal y la navaja son una mercancía *inocente* y que todo viagero está obligado á proteger.—Sin embargo, si el estrangero es polaco y llegan á olerlos los de *Chatellereault*, acaso aquellos utensilios no permanezcan tan inocentes en sus manos, gracias á un profundo resentimiento que de padres á hijos se ha transmitido contra los de aquella nacion, por cierta jugarreta parecida al robo de las Sabinas en la antigua Roma, que

un regimiento de la guardia imperial, de no sé qué nombre acabado en *ski* como un estornudo, dispuso y realizó con las mugeres de aquel pueblo en un dia de funcion.

La ciudad de *Tours*, cabeza del departamento de *L' Indre et Loire*, sentada á la orilla izquierda de este rio, es sin duda una de las mas lindas poblaciones de la Francia, por su bella situacion en medio del delicioso jardin de la Turena, y la elegancia y gusto de su construccion.—La calle principal de la ciudad, que la atraviesa rectamente en toda su estension de mas de un cuarto de legua, desembocando por un lado en el camino de Poitiers y por el opuesto en el gran puente sobre el Loira, es lo mas bello y aun magnífico que imaginarse pueda, por su considerable estension, su perfecto alineamento, y la belleza de los edificios que la decoran: y aunque el resto de la ciudad no responde en lo general á la suntuosidad de esta entrada, vá sin embargo reformándose con arreglo á los preceptos del buen gusto.—El aspecto general de la poblacion y sus contornos considerados desde el hermoso puente de piedra (el segundo de esta clase despues del de Burdeos) es sobremanera interesante, por la bella agrupacion de los edificios, sobre los cuales se destacan las altas torres de la catedral, y á su pie el apacible rio cubierto de barcos de transporte, y una isla deliciosa formada en el medio de sus aguas; la frondosidad del inmenso arbolado, la profusion de quintas colocadas en las situaciones mas pintorescas, y embellecido todo con los colores de un sol resplandeciente, de una atmósfera pura y serena.

Paseando por sus orillas á la caida de una tarde de agosto, trasladábase mi imaginacion á las encantadoras márgenes del Guadalquivir, y como que se lamentaba en silencio de que ya que el cielo bondadoso presta iguales y aun



mayores dones á nuestro suelo, no sepamos aprovecharlos, revistiéndole de aquel apoyo del arte, de aquella seguridad y proteccion generosa que necesita para desplegar sus encantos y hacerlos accesibles al hombre.—Engolfado en estas consideraciones dí luego la vuelta por los lindos paseos que rodean la ciudad; penetré en sus calles, cuando ya estaban iluminadas por un gas resplandeciente; recorrí sus hermosos cafés; asistí al teatro, y en todas partes hallé una sociedad tan elegante y animada, que mas que en una ciudad de veinte y tres mil habitantes, parecíame estar en un pueblo de cien mil.—Pero esto se esplica diciendo que son infinitos los forasteros que, atraidos del clima apacible, de la campiña encantadora, que hacen de Tours una morada tan favorable á la salud y tan propia para gozar de los placeres de la vida, vienen á ella constantemente á pasar una parte del año, acabando muchos por fijarse allí por toda su vida.—Hoy se cuentan cerca de dos mil ingleses que han hecho en Tours y sus cercanías considerables adquisiciones, han edificado casas magníficas, quintas deliciosas, y vienen constantemente todos los años con sus familias, ó se hallan resueltamente establecidos en la ciudad.

Si algun dia la mejora de nuestros caminos, la multiplicacion y facilidad de las comunicaciones, la seguridad personal, el establecimiento de buenas fondas y paradores, la tolerancia y los buenos modales en los paisanos, y el interés, en fin, bien entendido del pueblo en general, llegan á hacer accesible nuestra España á los viajeros *touristas*, especialmente á los ingleses, para quienes es insupportable la idea de privaciones, de inseguridad y de desaseo, ¡qué manantial tan inagotable de riquezas no abrirían á nuestro pais centenares, miles de aquellos ricos huéspedes, que, huyendo del monótono espectáculo de su

cielo nebuloso, y en busca de nuevas y gratas sensaciones, abandonan al caer del otoño las húmedas orillas del Támesis ó los feudales castillos de la Escocia; embárcanse en Douvres con su familia, sus criados, sus perros, sus coches, sus muebles, sus vestidos y sus guineas, y descargan como nubes benéficas (aunque un tanto incómodas al que no ha de disfrutar de su rocío), ya sobre las frondosas orillas del Loira y del Garona, ya sobre las pintorescas cumbres y las benéficas aguas del Pirineo francés; ó atraviesan los Alpes, y van á invernar como en una estufa en las islas de Hieres, ó en las bellas ciudades de Niza, Pisa, Florencia ó Nápoles!

Para todas aquellas afortunadas regiones la venida de los ingleses (y entiéndase que llaman ingleses á todos los extranjeros ricos) es un verdadero maná, una periódica cosecha que aguardan con impaciencia, como nuestros labradores el sol de agosto ó las plácidas lluvias de abril.— Si halláramos medio, repito, de desviarlos de su rápido é inmemorial itinerario; si por ventura al contemplar el Pirineo pudiéramos hacerles desechar todo temor de peligro ó de sinsabores, y empeñarles á atravesarlo y visitar las hermosas y pintorescas provincias Vascongadas, las severas Castillas y la animada capital del reino; el pensil de Aranzue, el magnífico Escorial, la frondosa Sierra-Morena, Córdoba la oriental, la imperial Sevilla y deliciosa Cádiz, las árabes Granada, Málaga, Almería y Valencia, la industriosa Barcelona, en fin, y su bellísima costa, para continuar luego por Marsella el resto de su círculo. ¡Cuántos y cuántos, prendados de los encantos de nuestro suelo, darían por satisfecha su curiosidad, por colmada su admiración, y renunciarían gustosos á ver mas, repitiendo sus visitas ó fijándose entre nosotros, y desplegando su gusto y su magnificencia en los *cármenes* de Granada, ó en las deliciosas márgenes del Betis!...

Todas estas y otras muchas consideraciones bullian aun en mi imaginacion, cuando al siguiente dia, subido á lo alto de las torres de la antigua y célebre catedral de Tours, veia desplegarse en mi derredor el rico panorama de su campiña, semejante en lozanía á los que desde las alturas del Miguelete ó la Giralda me ofrecieran la huerta valenciana ó las orillas del Guadalquivir; pero muy superior á ellos en la animacion y riqueza que le presta el innumerable caserío que en una estencion de algunas leguas se alcanza á ver, y hace aparecer mezquino á su lado el considerable recinto de la ciudad.

La catedral, como todas ó la mayor parte de las francesas del género llamado gótico, ostenta una imponente masa, una rica portada; y dos elegantes torres de delicado trabajo; pero en el interior ofrece la misma desnudez, el mismo *no sé qué* de yerto y cadavérico que suele observarse por lo regular en la mayor parte de los templos franceses.—Bajo este aspecto ¡cuánta es la superioridad de nuestro pais sobre aquel!—Nuestras catedrales no solo son delicadas páginas del arte ofrecidas á la imaginacion y al estudio del viagero; no solo son museos riquísimos de todas las épocas, de todas las aplicaciones del genio; no solo son tesoros de riqueza donde se ostenta la piedad y la poética imaginacion de nuestro pueblo; sino que son tambien dignos altares del Altísimo, por su religioso recogimiento, su olor de incienso, los cánticos que resuenan constantemente bajo sus bóvedas, las antorchas que lucen en sus altares, las efigies que ocupan sus capillas, y el pueblo numeroso que reza arrodillado á sus pies.—Díganlo Toledo, Burgos, Sevilla, Leon, Santiago, Tarragona y todas las demás que pudiéramos citar.

En los templos franceses, si se contempla la fachada y

se sube á la torre, se ha visto el templo bajo el aspecto del arte; si se atraviesa un fríisimo y desierto salon, cubierto de sillas vacías y guardado por un portero (*suisse*) con su gran banda, baston en mano, y sombrero de tres picos encajado en la cabeza, se ha contemplado la iglesia bajo el aspecto de la religion.

Regresé, pues á mi hotel *de la Bola de Oro* á tiempo que sonaba la campana, señal de principiar la comida; y supuesto el ofrecimiento que tengo hecho á mis lectores, aprovecharé aqui la ocasion de borrajear la escena que ofrece una de estas mesas redondas conocidas allá con el nombre de *Table d'hôte*.

Al sonido de la ya dicha apelativa campana, fueron descendiendo de sus habitaciones hasta dos docenas de huéspedes viajeros, de todos los sexos y procedencias posibles. Los ingleses, como es de suponer, estaban en mayoría (porque á cualquier parte del mundo á donde uno se dirija, siempre ha de hallarlos con abundancia; gracias á la fecundidad de las severas hijas de Albion.)—Distingúase entre ellos una especie de obelisco humano, que empezando en dos botas de charol, iba á concluir á trescientas varas sobre el nivel del mar, en una calva reluciente, con algunos restos de cabellera, en otro tiempo rubia. A la altura de *Su Gracia* (porque por algunos trozos de la conversacion inferí que aquel telégrafo ambulante era uno de los ciento y tantos *pares* que funcionan en el alto parlamento) se elevaba una girafa con gorro de plumas, que segun pudimos advertir no era otra cosa que el inglés-hembra, y ambos formaban el *par* completo, subdividido despues hasta en el número de siete, por otros tantos *specimen* de la misma hechura, aunque de diversos metros y grados de desarrollo, los cuales venian á ser los frutos y re-

nuevos de aquellos dos altísimos y sepulcrales cipreses.

Frontero de mí se veía un rotundo alemán, especie de mecánica *roulante*, que andaba de pueblo en pueblo aplicando sus grandes conocimientos en tórculos, émbolos, y cilindros á todos los brazos de todos los rios, á todas las ruedas de todas las máquinas que encontraba á su paso.—A mi izquierda sentaban dos damas, madre é hija, primera edicion ajada y añeja aquella, segunda flamante corregida y enmendada esta; tipo móvil y vivo de las modas de *la rue Vivienne* y de la *Chauseé d' Antin*, en quien luego reconocí á la misma artista parisien que habia oido en el teatro la noche anterior, y cuya celebridad (aseguraba el cartel) se extendia desde las orillas del Newa hasta la embocadura del Misisipí, aunque creo que pasaba de incógnito por el espacio que media entre ambos rios.

Tres jóvenes bulliciosos y resueltos, de negras y rubias barbas, de flexibles y rizadas melenas, vestidos de cien colores, adornados de cadenas y sortijas hasta la punta de la nariz, representaban en aquella mesa la alegría francesa y los intereses del comercio y de la industria. Comisionistas ambulantes (*commis voyageurs*) de las fábricas, se dirigian con sus grandes carteras de muestras el uno á París, el otro á Nantes, el tercero á Bayona; y al paso que la *muestra* de sus telas y artefactos, solian dejar tambien la de sus caractéres, desplegados franca y bulliciosamente en atronadora conversacion, ó en episódicos amores y grotescas aventuras con todas las Maritornes hosteleras, con todas las muñecas de almacen.—Vida alegre y peregrina cuyo recuerdo conservan aun, cuando ya blanqueada por los años su cabellera, y llenos por su industria los cofres, dan suelta á la bandada de sus numerosos dependientes, para que sigan la fama de su comercio y las trazas de su cortesanía.

Habia además en la mesa un médico *homeopático* de Berlin que iba visitando hospitales, y haciendo nuevos experimentos de matar por *simpatia*.—Un filántropo *humanitario* de Nueva-York, que andaba investigando los medios de guillotinar al prójimo con mas comodidad, ó de encarcelar á sus semejantes sin luz, sin habla, sin aire, y sin alimento.—Un doctor en teología de la Sorbona, que por fruto de sus meditaciones habia acabado por convencerse de que él era una segunda edicion del Mesías, y venia á Tours á establecer una cátedra de salvacion á tanto al mes.—Dos periodistas parisienses que se dirigian á Tulle para asistir al célebre proceso de *madame Lafarge*, de aquella alma cándida, de aquella muger *no comprendida* que acababa de robar unos diamantes por entusiasmo y envenenar á su marido por puro amor.—Los demás asistentes á la mesa, hemos dicho ya que llevaban todos el sello de la fábrica de *London*; cuál perteneciente al género *dandy*; cuál al de *gent-lemen*; este al de *baronet*; aquella al de *lady*; estotra al de simple *miss*;—y todos, por lo regular, venian á Tours tan solo por el gusto de apuntar un nombre mas en sus libritos de viage, ó por tomar un baño en el Loira, el segundo en *Bagneres*, el tercero en Niza, y el cuarto en el Tíber; y luego subirse al Vesubio para enjugarse; ó correr despues leguas y mas leguas para llegar á tiempo de disputar el premio en las carreras de New-Market.

No hay pues que decir si con tan heterogéneos elementos ofreceria la mesa una escena curiosa, que yo traducia mentalmente al español, como único representante en aquel teatro del habla de Cervantes y de los garbanzos de Castilla.

Pero casualmente este de la mesa es un punto en que todas las naciones se parecen; quiero decir, que en cuanto al mascar y engullir no ofrecia nada de nuevo, pues la

igualdad ante la ley del apetito todo lo nivela; y ni el inglés echaba de menos su *beasteak* y su *plom puding*; ni el alemán su *choucroute*, ni el americano sus *ananas*, ni el español su *olla podrida*.

El lenguaje general era el que hubiera usado una comision de operarios de la torre de Babel despues que les sucedió aquel trabajo; mas en cuanto á pedir el plato al compañero, todos hablaban corriente el francés, y nadie dejaba en el tintero el *s' il vous plait* y el *pardon* de costumbre.—Las diversas fracciones se subdividian despues en varios *apartes*.—Los ingleses hablaban de política con el americano; el médico prusiano hablaba de gases con el alemán; las inglesas no hablaban de nada, y los comisionistas franceses hablaban de todo.—El Mesías novísimo intentaba inocular sus doctrinas en el alma de la actriz; y la madre de esta me habia tomado por su cuenta para averiguar si en España las mugeres llevan un puñal por abanico, y los hombres un trabuco por baston.—Pero todos callábamos cuando comíamos (que eran los mas de los ratos), hasta que acabado el servicio, cada uno se fué eclipsando *sans façon* y *sans compliment* (dos santos de aquella tierra muy santos y muy buenos, pero muy mal criados), quedando solo en la mesa los ingleses, sin duda para enjuagarse con unas cuantas botellas de Jerez y del Rhin.

Seria repetir lo ya dicho si hubiera de trasladar aquí las gratas sensaciones que experimenta el viagero atravesando el delicioso jardin de la Turena, siguiendo las magnificas orillas del Loira, que mira siempre correr á su derecha, y costeano las pintorescas rocas que bordan el valle por la izquierda, á cuyas faldas se elevan una infinidad de edificios campestres, ingeniosamente combinada su archi-

tectura con la desigualdad del terreno, y cuyas rocas forman en muchas de ellas parte de sus murallas; y todo esto por un número considerable de leguas, hasta llegar á cansar la vista y la imaginacion.—Viene luego el soberbio camino elevado, conocido por el nombre de *leveés de la Loire*, el cual sirve tambien de dique para contener las aguas en tiempos de crecida, y tiene veinte y dos pies de altura sobre el rio y veinte y cuatro de espesor.—Pásase despues, aunque rápidamente, por la antigua y célebre ciudad de *Blois*, célebre en la historia de Francia por sus turbulentos Estados y la muerte del duque de Guissa; y continúa luego el camino, siempre animado por la presencia del Loira y la hermosa vegetacion de la campiña, por la riqueza de sus pueblos, caseríos y antiguos *Chateaux*, (entre ellos el de *Chambord*, célebre mansion de Francisco I, hoy propiedad del duque de Burdeos), hasta llegar á la populosa ciudad de *Orleans*, notable por su estension, hermosa catedral y otros edificios antiguos, y mas que todo por ser la patria de la célebre doncella guerrera *Juana de Arco*, cuya estátua de mármol se eleva en un sencillo monumento colocado en la plaza *Mastrois*.

Orleans dista solo treinta leguas de París, y á cada paso que adelanta, va sintiendo el viagero la inmediacion de la ciudad gigante, del gran emporio de la cultura y civilizacion del continente europeo.—Los pueblos y caseríos que se suceden, van tomando un aspecto aun mas importante y activo; los caminos se miran cubiertos de una multitud de carruages de todas formas, de viageros de todos los paises; con los castillos y casas de placer alternan ya á cada paso las inmensas fábricas, los grandes establecimientos de educacion y de industria; las carreteras mas cuidadosamente reparadas, la propiedad mas subdividida, los cercados mas frecuentes, los mas mínimos trozos de

terreno aprovechados por la industria; todo da bien á conocer la importancia y el valor del pais que se atraviesa; hasta que, al llegar á *Bourg la Reine*, la imaginacion se reasume ya y encierra en este solo nombre... PARIS.

Con efecto, el viagero tiene delante de sí allá en el fondo de tan animado cuadro, aquella colosal ciudad, ensueño de su imaginacion, objeto de sus deseos.—Todos los monumentos que le salen al paso, todos los sitios que pisa, le son ya conocidos de antemano por los cuadros del artista ó por las relaciones del viagero;—y sin necesidad de preguntar á nadie, adivina y reconoce que aquellos arcos monumentales que mira á su derecha, son los del acueducto de *Ar-cueill*;—que aquellos palacios y bosques que tiene á su izquierda, son los de *Meudun* y de *Saint Cloud*;—que aquel severo edificio que descubre en el fondo, es el hospicio y castillo de *Bicetre*;—que aquella inmensa cúpula que se destaca en la altura de la ciudad, es el de *Santa Genoveva*, hoy *Panteon Nacional*;—que aquellas dos torres paralelas á su inmediacion, son las de la *iglesia de San Sulpicio*;—y mas allá las otras dos célebres de la catedral de *Notre Dame*;—mira campear á su izquierda la elegante cúpula ó *domo de los Inválidos*;—admira en el último término la masa gigantesca del arco de la *Estrella*;—y reconoce en fin que aquella verja que se abre delante de él es una de las entradas ó *barreras* de París (la barrera llamada del *Infierno*), y que un giro mas que dé la rueda de su coche, le da ya en el recinto de la inmensa capital.



VII.

PARIS.

Aspecto general.—Primeras impresiones.—Comparacion mental.

Pretension exagerada parecería, y seríalo en efecto, la de querer bosquejar el inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece la capital de Francia, reducido á las mínimas dimensiones de unos apuntes de viage, escritos mas bien para entretener los ratos de cansancio y la ausencia de los amigos, que para dar á conocer, á los que no lo hayan visto, la gran importancia, el mágico embeleso de aquella gigantesca capital.—Empero entre aspirar á tamaño resultado, y el mas modesto de recrear la memoria propia, y excitar algun tanto la curiosidad ajena, permítaseme el haberme decidido por este último extremo, y arriesgar solo aquí las propias impresiones á la vista de tan singular espectáculo; sin que sea lícito pedirme cuenta mas que de lo que diga, y no de modo alguno de lo muchísimo que dejaré por decir.

Empezando, pues, mi agradable tarea, por el aspecto material de la ciudad, todo el mundo sabe que la antigua *Lutecia* de los Gaulas estuvo reducida en su primitivo origen á una isleta formada por el rio Sena, que subsiste todavía, y es conocida hoy por el nombre de *la Cité*, agregándosele sucesivamente otras dos pequeñas (la de *San Luis* y la de *Luvois*).—Mas adelante, andando los tiempos, y no cabiendo ya la poblacion de *Lutecia* en tan estrechos límites, se extendió por ambas orillas del rio, aumentándose sucesiva y prodigiosamente en términos que puede decirse que hoy la principal cuna de aquella metrópoli, apenas es apercibida entre la inmensa estension de las otras dos poblaciones á derecha é izquierda del Sena.

Este rio, pues, encerrado en el medio, y atravesando hoy la ciudad por toda su estension, es la arteria principal, la marcada línea entre sus tres principales divisiones; y la separacion que ella establece, no solo se hace sentir en la material fisonomía de las construcciones, sino tambien en la social y política de su poblacion; asi vemos que la de la parte septentrional, ó sean las *Tullerías* y la *Chauseé d'Antin* está mas especialmente habitada por la córte y el comercio; la meridional, ó sean los cuarteles de *San German* y de *La Universidad*, son el patrimonio de la antigua aristocracia y de las escuelas; y el centro correspondiente á las islas, y en donde se hallan situadas la *Catedral* y el *Palacio de Justicia*, es mas especialmente habitado por el clero y la curia.

Reunidas, pues, estas tres divisiones, componen la asombrosa mole de siete leguas de circunferencia, cubierta con cuarenta y seis mil edificios, cortada por mil doscientas calles, y poblada con cerca de un millon de habitantes.—Una muralla sencilla rodea su recinto. y está interrump-

pidan por cincuenta y ocho entradas llamadas *Barreras*, á las cuales vienen á convergir todos los caminos capitales del reino. Veinte y dos puentes sobre el rio (entre los cuales los hay de primer orden por su solidez y elegante construccion), establecen las comunicaciones entre tan apartados barrios.—El terreno sobre que está situada la ciudad es generalmente llano, á excepcion de algunas pendientes á los extremos hácia el *Panteon* y la puerta de *San Dionisio*.

Además de la division central marcada por el rio, hay otra en la parte septentrional de la ciudad establecida por los hermosísimos paseos conocidos por los Baluartes (*Boulevards*), y abiertos sobre el terreno por donde un dia corria la fortificacion de la ciudad; los cuales describiendo en su estension de unos ocho mil pasos una inmensa curva desde la plaza de la *Magdalena* á la de la *Bastilla*, subdividen la parte mas importante y vital de París (que es la comprendida á la derecha del Sena) en dos grandes porciones, que pueden llamarse nueva y vieja: campean en aquella la moderna aristocracia mercantil con toda su magnificencia, y ostenta en esta su inexplicable actividad la industria y el comercio de detalle.—Las calles principales, ó siguen paralelas las dos grandes líneas del rio y los baluartes en una prodigiosa estension, ó las comunican entre sí desde uno al otro extremo de la ciudad, estableciendo asi un plan bastante uniforme y no difícil de comprender por el forastero.

Este, al llegar á París por la parte de *Arcueil* (como á mí me sucedia esta vez), no tiene por el pronto que felicitarse mucho de la primer impresion que le produce aquella ciudad; pues atravesando por largo rato calles estrechas, sucias y oseuras, aunque de una estension des-

consoladora; contemplando la triste y sombría mole de las casas, por la mayor parte viejas y ennegrecidas por el tiempo y la humedad del clima, y mirándolas animadas por una poblacion que, aunque activa é industriosa, parece revelar los rigores de la miseria, se hallará por el pronto desencantado de sus ilusiones; creará fallidas sus brillantes esperanzas, y se vengará en silencio de las encomiásticas relaciones de los viajeros, maldiciendo de todo co-razon su bondadosa credulidad.

Pero aguarde con paciencia el recién llegado; siga con la imaginacion y con la vista el curso de su carruage; salga, en fin, del embrollado caos del *pais latino* (barrio de la Universidad); dé vista al rio; atraviese el *Puente Nuevo*; y si tanta es su fortuna que en aquel punto y hora la inmensa multitud de carruages que le cruzan obliga á detenerse algunos minutos al suyo, asome entonces la cabeza nuestro viajero, y estienda la vista de uno y otro lado, y siguiendo los gigantescos brazos de la ciudad, contemple, si puede, delante de sí el romántico palacio de *las Tullerías* y sus bellos jardines; la magnífica fachada del *Louvre* y su elegante columnata; la interminable série de hermosas casas que bordan los fuertes diques del rio; la bella perspectiva de los puentes; el antiguo *Hotel de Ville* (casa de ayuntamiento), y la torre de Santiago, limitando el cuadro á su derecha; el obelisco Egipcio, y el arco triunfal de la Estrella á su izquierda.—Por el opuesto lado del rio podrá abarcar su vista los palacios del Instituto y de la Moneda; los del Consejo de Estado y la Cámara de diputados; las elegantes cúpulas de los Inválidos y el Panteon; y en medio del rio la hermosa isla, que parece una ciudad flotante, que arrancando en el mismo puente sobre que situamos al espectador, concluye ostentando entre las nubes

las sombrías y magestuosas torres de la catedral (*Notre Dame*).

Ignoro si el viajero se dará por satisfecho con esta primera inspeccion; pero me persuado de que no será asi; antes bien creo que, siéndole imposible desprenderse todavía de sus ensueños (que nunca se parecen á la realidad), y calificar á un solo golpe de vista tan vario y magnifico espectáculo, cederá por el momento á un embrollo de los sentidos, á un aturdimiento de la imaginacion, de que no sepa darse cuenta; pero que le impide gozar del cuadro magestuoso que le rodea.—Mas adelante, y despues de calmada esta primera é indefinible sensacion, luego que, guiado por un *cicerone* inteligente, haya podido recorrer en su inmensa estension las regias calles de *Rivoli*, *Castiglione* y de *la Paz*; las animadas de *Montmartre*, *San Dionisio* y *San Martin*; las elegantes é industriales de *Richellieu*, *Vivienne* y *San Honorato*; las opulentas y aristocráticas de la *Chauseé d' Antin* y del cuartel de *San German*;—luego que, situado en la magnífica plaza de *la Concordia*, vea ostentarse en derredor suyos los principales palacios, jardines, paseos y monumentos públicos del París moderno; luego que haya recorrido la doble fila de diques que bordan el rio, animados por una poblacion numerosa y vital; luego que haya seguido la interminable linea de los baluartes desde la moderna columna de las víctimas de julio hasta el magnífico templo griego de la Magdalena, espectáculo único en su género por su movimiento y suntuosidad; luego que del opuesto lado del rio haya admirado el soberbio Panteon, el cuartel de Inválidos, el palacio y jardines de Luxemburgo, y el delicioso Jardin de plantas; la catedral de Nuestra Señora, y el palacio de Justicia en la isla central; los de las Tu-

llerías y el Louvre; la columna de Napoleon, la casa de Ayuntamiento, la Bolsa, el arco de la Estrella, y otros mil monumentos de primer orden á la orilla derecha del Sena; luego que haya visto de noche este estenso cuadro alumbrado con infinidad de faroles alimentados por el gas; luego que haya recorrido las encantadoras galerías (*passages*) de *Vivienne*, *Colbert*, *Saumon*, *Choi-seul*, *Panoramas*, *Vero-dodat*, etc.; luego, en fin, que haya contemplado las bellísimas arcadas que rodean el jardin del *Palacio real* de Orleans, y hallado en ellas el mas magnífico bazar, la esposicion mas rica de industria que existe en el mundo; entonces y solo entonces podrá decir el viagero que ha hallado el París que buscaba, el París magnífico, el París animado é industrial que soñaba su fantasia.

Aconsejémosle, empero, que no pretenda calificar de pronto tantos y tan variados objetos; que no ceda al entusiasmo ni á la fatiga que su vista le produzca; y que, reducido en lo posible á una observacion meramente pasiva, aguarde á que el tiempo venga á colocarle en el verdadero punto de vista desde el cual ha de examinarle.

Sin apartarme por ahora de la rápida inspeccion material de aquella ciudad, solo diré que en su conjunto no puede afirmarse, sin embargo, que sea una poblacion bella, una agradable perspectiva.—Y esto por varias razones.—La considerable estension de su recinto, poblado y engrandecido en diversas épocas y bajo el influjo de distintas civilizaciones, revela en sus varios cuarteles el sello peculiar de cada una, y por consecuencia ninguna calificacion absoluta puede admitirse para el conjunto general.—Si penetramos, por ejemplo, en los barrios centrales del antiguo París, hallaremos un laberinto inexplicable de calles